

Talibán. Islam, Oil and the New Great Game in Central Asia.

Ahmed Rashid

I.B.Tauris Publishers.

London, New York, 2000.

274 páginas.

En los tiempos que corren decir Talibán es decir violación de derechos humanos, terrorismo internacional, tráfico de drogas, opresión de mujeres, guerra y fundamentalismo islámico. El nuevo libro de Ahmed Rashid constituye, sin lugar a dudas, el más completo y detallado análisis del fenómeno Talibán publicado hasta la fecha, sobrepasando con creces el especulativo “Talibán” escrito por Peter Marsden en 1998.

Tras una detallada introducción que aborda la geografía e historia de Afganistán, desde las conquistas de Alejandro Magno en el año -329 hasta la retirada de las tropas soviéticas en 1989, la primera parte del libro explora los orígenes del movimiento Talibán y su expansión territorial desde su base en Kandahar. El mayor acierto de esta parte es sacar, confiemos en que de una vez por todas, a los Talibán de esa nebulosa de misterio en la que han sido envueltos desde su aparición en 1994 para convertirlos en personajes reales, de carne y hueso, con unas raíces históricas y sociales definidas. El movimiento Talibán fue una reacción de decepcionados jóvenes afganos de los campos de refugiados en Pakistán y seminarios Deobandi contra el caos criminal en el que los Mujahiden, armados por Pakistán y Estados Unidos, sumieron al país tras la retirada de las tropas soviéticas. La nueva milicia islámica, apoyada por una entusiasta población cuyo único deseo era poner fin a la violencia, conquistó en pocos meses las provincias étnicamente afines del sureste del país sin apenas un disparo. Tres años después controlaba ya el 90% del territorio. Eliminando por la fuerza oponentes y obligándoles a aliarse, los Talibán polarizaron el conflicto y lo redujeron a los dos bandos actuales: ellos contra la “Northern Alliance” de Massud. Leer esta historia es ser testigo de la destrucción progresiva de una de las culturas más ricas y fascinantes de Asia Central, una cultura que, paradójicamente, luchó de forma desafortunada para mantenerse viva contra mongoles, británicos y soviéticos para ahora autodestruirse en una lucha fratricida.

La segunda parte, a pesar de titularse “Islam and the Talibán”, es más bien una sección cajón de sastre que trata temas de índole diversa. El autor dedica un capítulo no tanto a interpretar el origen del credo religioso Talibán sino más bien a narrar la historia de los partidos, órdenes y madrassas islámicas que influyeron en el nacimiento y evolución del movimiento, un grupo que “ha dado al fundamentalismo islámico una nueva cara y una nueva identidad para el nuevo milenio.” Rashid explora también la organización política y militar de los Talibán dando una buena idea de lo complicado que puede llegar a ser negociar con sus líderes y las tensiones internas que su peculiar estructura e ideología conllevan, ya que a sus miembros “parece no preocuparles la tarea diaria de gobernar.” Esta parte concluye con tres capítulos dedicados a temas de más actualidad: el tratamiento de las mujeres, quizás el aspecto más mediatizado de la política Talibán; el papel del cultivo de opio y el contrabando en la economía Talibán y el mantenimiento de las hostilidades; y el apoyo de Afganistán al terrorismo internacional y la incapacidad e incompetencia de los países occidentales para resolver el problema.

En su novela Kim, Rudyard Kipling inmortalizó la guerra subterránea de espías y pactos de anexión por el control de Asia Central entre la Inglaterra victoriana y la Rusia zarista con el nombre de “The Great Game”. Ello inspira a Ahmed Rashid el título de la última parte de su libro: “The New Great Game”. El autor desgana con todo lujo de detalles las reglas de esta versión contemporánea del “Gran Juego” y los intereses y trampas de sus jugadores: las compañías petrolíferas, los países de Asia Central, Rusia, EEUU, Turquía, Israel, Irán, Arabia Saudí y Pakistán. Es aquí donde Rashid, periodista paquistaní que ha cubierto durante más de dos décadas los conflictos en esta parte del mundo para el ‘The Far Eastern Economic Review’ y el ‘The Daily Telegraph’, combina la intrincada variedad de factores e intereses políticos, económicos, sociales, étnicos y religiosos que convergen en Afganistán. De este modo, esta parte presenta una coherente visión regional y geoestratégica de un conflicto complejo como pocos que, con Guerra Fría o sin ella, no ha dado un minuto de paz a la sufrida población afgana durante los últimos veinte años.

“Talibán. Islam, Oil and the New Great Game in Central Asia” tiene el mérito de reunir en un sólo volumen las experiencias personales del autor y la información hasta ahora dispersa en artículos, libros, revistas,

publicaciones académicas y transcripciones de seminarios. Pero ese mérito es quizás también su mayor flaqueza, ya que el libro recopila aportando poco material original al debate. Rashid, a pesar de su origen y religión, escribe deliberadamente para contentar y gustar a un público occidental que, en su mayoría, necesita ser convencido de que los prejuicios que tenía sobre la problemática Talibán son ciertos y no quiere oír versiones no oficiales. El libro constituye una interesante introducción a la coyuntura regional en general y al fenómeno Talibán en particular que satisfecerá al lector no familiarizado con la zona pero que, en cierto modo, sabrá a poco a aquellos más informados sobre la situación.

Sorprende, por ejemplo, que Rashid apenas de importancia al hecho de que los Talibán nunca han sido reconocidos como gobierno oficial del país y que sea Rabbanni, que apenas controla el 10% del territorio, el que ocupa el asiento en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Es esta una situación única que merece especial atención pues la obtención de reconocimiento internacional determina de forma casi obsesiva la política exterior de los Talibán y sus relaciones con la ONU, las agencias humanitarias y otros países. Algo parecido ocurre con la omisión del cambio de Estado Islámico al de Emirato Islámico decretado por Mullah Omar en octubre de 1997, algo más que un simple cambio de nombre ya que implica una forma de gobernar muy diferente que Rashid obvia en su análisis.

Cuando se trata de evaluar el papel de los EEUU en el conflicto, el autor critica duramente el apoyo norteamericano a grupos radicales Mujahiden durante la lucha contra la invasión soviética en la década de los ochenta, algo que todos los implicados han negado y siguen negando oficialmente pero que a estas alturas ya nadie duda. Sin embargo, Rashid evita criticar el papel de la Casa Blanca en el Afganistán actual ciñéndose a la versión oficial de que en protesta por las violaciones de los derechos humanos, dado su apoyo al terrorismo internacional y en cumplimiento de las sanciones impuestas por la ONU, Estados Unidos no mantiene relaciones comerciales con el movimiento Talibán. Pretender que antes el gobierno norteamericano tenía interés en apoyar la estabilidad proporcionada por los Talibán para abrir oleoductos y que ahora, debido a Bin Laden y a los derechos humanos, Washington renuncia al enorme potencial económico de Afganistán es ilusorio e irrealista. Basten dos breves ejemplos. Desde hace unos meses una empresa de telecomunicaciones norteamericana, dirigida por un estadounidense y camuflada bajo el acrónimo de una organización afgana, ha instalado en Kabul y Kandahar más de 2000 líneas de telefonía terrestre y móvil, nacional e internacional y planea ampliar sus servicios a Herat, Jalalabad y Mazar. Por otra parte, en abril de 1999 recibí en mi casa de Herat a cuatro huéspedes traídos por los Talibán: dos griegos, un palestino y un norteamericano que trabajaban para las compañías petrolíferas Delta y Unocal (saudí y estadounidense respectivamente) venidos para inspeccionar la ruta de un futuro oleoducto Turkmenistán-Pakistán y posibles explotaciones mineras en la zona. Esta prospección no figura en la cronología del Apéndice 4 del libro. Así pues, pese a todos los aspavientos de Miss Albright con respecto a la situación de la mujeres en Afganistán, la cámara de comercio estadounidense sabe bien que las posibilidades económicas de la zona son enormes, que su importancia geoestratégica es incuestionable y que EEUU no puede permitirse renunciar a tomar posiciones ahora para cuando la situación se estabilice en el futuro. Aunque más discretamente que antes y siempre de forma oficiosa, la práctica es “business as usual”.

Y hablando de la situación de las mujeres, a uno no deja de ponerle un poco nervioso que cada vez que el autor desea explicar que las afganas gozaban de más libertad antes que en la actualidad lo hace describiéndolas vistiendo falda y zapatos de tacón (en ocho ocasiones a lo largo del libro). Sin embargo no menciona que, con zapatos de tacón o sin ellos, las mujeres nunca han podido elegir a su marido; apenas da importancia al hecho de que la escolarización femenina en el país nunca ha superado el 7%; que el burka era utilizado mucho antes de la aparición de los Talibán y es un fenómeno puramente urbano; que lo de que ninguna afgana puede trabajar es sólo cierto si consideramos la agricultura y la ganadería como pasatiempos (el 95% de la población afgana vive en la zona rural donde las mujeres trabajan y no llevan burka); que en octubre de 1998 fue publicada una directiva Talibán prohibiendo el matrimonio forzoso (que no menciona en el Apéndice 1 y que nadie respeta porque lo que se respeta en Afganistán no son las normativas de los Talibán o cualquier otro grupo, sino la estricta tradición social). Rashid admite que la situación de las mujeres no es nueva, pero se deja llevar por el recurso fácil de achacar a los Talibán la mayoría de los males de la actual sociedad afgana. Efectivamente, las condiciones de vida de las mujeres deben cambiar en nombre de la dignidad y los derechos humanos, pero las afganas no luchan sólo contra los Talibán, eso sería lo más fácil, sino contra sus abuelos, padres y hermanos que perpetúan un sistema mucho más opresivo, producto de unas

tradiciones obsoletas (especialmente las del pushtunwali) y un control social extremadamente conservadores que imperan desde hace siglos.

El análisis político es quizás el aspecto menos imparcial y más tendencioso del libro. Rashid apenas puede ocultar su inclinación por Massoud a quién presenta como un admirado comandante y la especie de demócrata en el que, ante la necesidad de simplificar el conflicto para una opinión pública desinformada, los países occidentales le han convertido. Massoud viene a ser el equivalente afgano del ugandés Yoweri Museveni en África, el “demócrata de partido único” favorito de Clinton. El “León del Panjshir” es un radical islámico que lleva casi toda su vida en la brecha. Durante veinte años ha ido cambiando de bando y discurso recibiendo apoyo de EEUU, Rusia, Irán, India, Tayikistán y Francia (cuya implicación no aparece ni una sola vez en el libro). Massoud no es mejor ni peor que los Talibán sino más de lo mismo. En la zona bajo su control también las mujeres llevan burka, la escolarización es irrisoria, se reclutan niños para la lucha, se tortura de forma sistemática, se encarcela sin juicio...

Las páginas de este libro están llenas de traiciones, alianzas, amores, odios, compañías petrolíferas sin escrúpulos, familias destrozadas, muertos, desapariciones, masacres, complots, CIA, KGB, ISI, Mossad... todos los ingredientes para una atractiva novela de aventuras y acción de no ser porque no es ficción y porque, por desgracia, lo que en ella se cuenta es real y desconocido para la mayoría. Uno no puede más que estar de acuerdo con la pesimista conclusión de Rashid: “Si la guerra en Afganistán continua siendo ignorada sólo podemos esperar lo peor.”

Kabul no es Afganistán; los Talibán no son un extraño grupo venido del espacio ni resucitado de la Edad Media sino un producto de la sociedad y cultura de las que proceden; y la mayor tragedia del Afganistán actual no es los Talibán sino la falta de alternativa a ellos. Teniendo en mente estas tres premisas, e independientemente de la opinión personal de cada uno sobre la situación en Afganistán, el libro de Rashid es un loable intento de rescatar del olvido a una población que ha sufrido durante generaciones los horrores de la guerra y la intolerancia.

Jordi Raich
MA Relaciones Internacionales
Kandahar (Afganistán)
Julio 2000